

—He sido muy dichosa con la visita de usted.

¡Dichosa! ¿Y qué podría él contestar sino que nunca hasta aquel momento había conocido el amor?.

## VIII

## EL OTRO PERFIL DE LA MADONA

—Es el poetilla de la de Komof—dijo Susana inmediatamente después que se cerró la puerta.

Este modo de contestar anticipadamente á una pregunta que adivinaba en el semblante del recién llegado, bien claramente indicaba el lugar que le correspondía en la intimidad de la casa. Y con aquella sonrisa infantil que sabía tomar, y ante la cual no resisten los hombres más recelosos, añadió:

—Verdad es que usted no estuvo. Me hubiera usted encontrado linda, muy linda. Iba peinada como á usted le gusta, y esperaba verle á usted por lo menos. Allí me presentaron á ese joven que es el autor de la obra; el pobrecillo venía á dejarme una tarjeta; ignoraba las horas en que yo recibo, y ha subido. Le ha hecho usted un gran favor librándole de la visita; no sabía cómo despedirse.

—Ahora comprenderá usted con cuánta razón me opuse á que usted fuera. Ya tenemos

BIBLIOTECA DE NUEVO LEON  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



otro escritor más en la sociedad, y como ha visto á usted, verá á otras; volverá, será invitado, y hasta se hablará delante de él, como delante de usted ó de mí, sin reflexionar que cuando salga irá á la redacción ó al café á contar por vanidad lo que oiga. Y luego se admiran las señoras de esas crónicas escandalosas en que salen á relucir, por la tonta manía de admitir á los escritores en lo que se llama sociedad del día. Nosotros les perjudicamos robándoles su tiempo, y ellos nos perjudican difamándonos. Sin ir más lejos, me contaron que la hija de uno de los colegas de ese caballero, que ayuda á su papá en la tarea de publicar libros, había dicho que no venían nunca á nuestro mundo sin sacar de él dos páginas de notas útiles.

Susana dijo al Barón estrechando sus manos y con una mirada de tan viva admiración que debía ser sincera:

—¡Qué feliz me considero de haber encontrado un hombre de ese golpe de vista, tan perspicaz, para dirigir mis pasos!

—Toda mi ciencia de la vida consiste en procurar hacer agradable la que me queda, que no será larga. Ya pronto entro en los cincuenta y seis, Susana.

Movió ella su linda cabeza rubia, acercándose al que hablaba paseando, y al llegar

cerca de él, con un gesto indefinible, presentó primero los ojos y luego los labios á sus caricias.

—Vamos, ¿quiere usted una taza de té? Cuando habla usted de edades es señal de que se ha aburrido en la Cámara ó en alguno de esos Consejos de Administración.

Aproximóse entonces á la mesita, donde aún se veían las dos tazas que ella y Renato habían gustado. ¿Qué ideas atravesaron por su cabeza? Difícil sería afirmar más sino que preparó ahora el té con igual cuidado que antes; como naturalmente sucedió que Susana ocupara el mismo sitio que la otra vez, y el Barón el de Renato.

—Verdaderamente ha sido cruel la sesión del Palacio Borbón, á la que he asistido por oír al excelente de Sauve combatir al Gobierno; todavía creen en esto. Yo, desde que rehusé ser ministro el 16 de Mayo, por supuesto, soy escéptico y pesimista. Me eligen diputado porque mi abuelo fué prefecto en tiempo del Gran Emperador y yo consejero de Estado con el otro. Cuando voy al Circulo encuentro allí media docena de amigos que se ocupan de restaurar la Monarquía, viendo pasar las mujeres en la terraza, si es verano, desde el salón en el invierno, entre partida y partida de juego. De buena gana hubiera ido á decirles cua-



tro verdades, porque me temen y cambian de conversación si me acerco; pero he preferido llegar á la calle de la Paz á recoger los pendientes de usted, que debían estar ya.

Sacó de su bolsillo un precioso estuche, sin marca que denunciara la tienda, y mostró, abriéndolo, las luces de dos hermosísimos brillantes, que Susana contempló con la de sus ojos, cerrando después y colocando el estuche entre otros. Este movimiento era por sí solo bastante para indicar lo acostumbrada que se hallaba á estos regalos, y dijo:

—¡Qué bueno es usted!

—No tiene usted que agradecerme nada; al contrario, yo soy el agradecido porque tiene usted la bondad de guardar esas modestas piedras. ¡Ah! el Oporto ha llegado y enviaré la mitad, según convinimos, y para que todo marche bien, nos darán por un pedazo de pan aquel *Wateau* que tanto le gusta.

Lo decía con visibles muestras de satisfacción por el éxito de los brillantes.

—Mañana á las cuatro, en la calle del Monte-Tabor, no me impedirá usted que le manifieste mi reconocimiento.

Y bajó los ojos.

Si el pobre Renato, embriagado de idolatría camino de su casa, hubiese podido á través del espacio percibirla en aquella actitud,

sin oír la conversación, la habría creído imagen viva del pudor; pero los juicios del Barón debieron ser distintos según la impresión que causara en él, equilibrista sempiterno de actos y sentimientos. Pasó un instante, y cambiando de conversación, preguntó á Susana, que no se dió cuenta de aquellas sensaciones:—¿Quién va con usted esta noche á la Ópera?

—Sólo la de Ethorel.

—¿Y detrás?

—Mi marido; Ethorel se ha excusado, y Crucé naturalmente.

—Mucho han debido producirle esas relaciones.

—¡Qué canalla!

—Ella es tonta; Crucé lo entiende, y Ethorel, si no tuviera esto, daría su dinero para juguetes de á real—dijo el Barón añadiendo:

—¿Y quién más?

—De Brèves y usted.

—A ver; me parece que oigo pasos. ¡Qué fastidio! ¡Ah, ya, es mi marido! Buenos días, Pablo...

—Esa es la voz del corazón—dijo el que entraba, guapo mozo de ojos grandes y francos y fisonomía enérgica con facciones de noble regularidad, que sólo se ve en París durante la primera juventud; una de esas fisonomías



que en un hombre de treinta y cinco años indica la paz de irreprochable conciencia. En el modo que tuvo de mirar á su mujer, se comprendía que Moraines la adoraba, y en su manera de apretar la mano á Desforges, la más sincera simpatía.—¿Estorbo?

—¿Quieres una taza de té?—contestó sencillamente Susana,—aunque debe estar frío.

—No, gracias.

Dejóse caer en una butaca, y creyendo hacer efecto, exclamó:

—Hay maridos verdaderamente estúpidos; me avergüenzo de ellos por la clase. ¿Conocen ustedes la historia de Hacqueville que me acaban de contar? ¿No? pues bien. Abre distraído una carta que era para su mujer, y se convence de su falta.

—¡Pobre Mainterne, amaba tanto á Lucía!—Esto, Susana.

—No es eso lo bonito, sino que la carta no era de Mainterne, ¡era de Laverdín! Hacqueville la lleva y pide consejo...

—A Mainternes—interrumpe el Barón.

—¿Conoce usted la cosa?

—No, pero era de suponer. Y Mainternes, ¿qué dijo?

—Está indignado de la duplicidad. Lucía en casa de su madre. Duelo pendiente entre Hacqueville y Laverdín, y el marido empe-

ñado en que lo apadrine Mainterne. ¿Será majadero? No hay un amigo que le cuente...

—Lo habrá—repuso el Barón, levantándose.—No conviene escribir nunca; esta es la moraleja del suceso.

—¿No come usted con nosotros, Fedérico?—preguntó Moraines.

—Tengo ya compromiso; pero nos veremos en el teatro—manifestó Desforges—porque la señora ha tenido la bondad de reservarme un sitio...

—En su palco de usted—contestó Moraines, sin saber cuán exacto era lo que decía.

El Barón, viudo hacía diez años próximamente, conservó su bañera en la Ópera, y la subarrendaba á sus excelentes amigos, una semana sí y otra no, sólo que el precio del subarriendo jamás se pagaba. El marido no recelaba de esta combinación, como tampoco de que el tren de su casa no podía mantenerse con las cincuenta mil pesetas anuales que tenía, mitad heredadas del antiguo ministro del Imperio, que no dejó gran fortuna á pesar de los altos puestos que ocupó, y mitad del sueldo que daban á Moraines por su plaza de secretario general de una Compañía de seguros, conseguida por Desforges. A pesar de los ruegos de Susana, su marido no perdía la deplorable costumbre de extasiarse acerca del in-



genio con que su mujer administraba la casa: ella se lamentaba del ridículo, aunque sin resultado. Cuando el Barón se marchó, Pablo, acercándose, le dijo:

—Gracias á Dios que estamos solos; ven acá, Susana.

Y Susana repitió ahora el manejo de los ojos y los labios que se puso en juego con Desforges anteriormente.

—Al oír esas infamias que me cuentan, y pensar la suerte que he tenido en dar con una mujer como tú, porque te adoro, Susana mía...

—Pues vas á reñirme—contestó ella procurando separarse.—Esta señora tan razonable, y de que estás tan orgulloso, ha hecho una locura. Aquellos brillantes de que te tengo hablado, los compré al fin.

—Puesto que inviertes tus economías, nada he de decirte. ¡Qué piedras tan hermosas! ¿Quieres que no te riña? Pues déjame ponértelos.

—Tú no sabes, verás cómo no.

Y aproximó una tras de otra sus monísimas orejas adornadas con sencillas perlas rosa, que él, con gran destreza, quitaba para colocar los brillantes. Concluída la operación, miróse Susana en un espejito de mango de plata, también regalo de Desforges, y sonrió al verse tan linda. Pablo debió encontrarla

asimismo bella, y trató de empezar sus libertades; pero Susana, que ordinariamente no resistía á aquel hombre tan leal á quien engañaba cruelmente, lo rechazó en la presente ocasión con cierta brusquedad, hija de tan complicados sentimientos como en ella se mezclaban, protestando que en un matrimonio de larga fecha eran aquellas cosas ridículas y que apenas tenía tiempo para vestirse.

Entró, con efecto, en su dormitorio, y de allí pasó al tocador, que era la pieza de la casa que más expresivamente denotaba la naturaleza profundamente materialista de Susana, que por conservar este gineceo se sentía capaz de todo. Celina, su doncella, morena de ojos impenetrables, comenzó sus funciones, desnudando primero, peinando á seguida y vistiendo después á Susana, cuyas gracias incomparables venían á ser su propia y única religión. ¡Qué de sensaciones y pensamientos penetraron en ella sucesivamente! De su marido dijo:—«Hermoso corazón.»—De Desforges:—«Excelente amigo.»

Esta parisiense de treinta años se hallaba todo lo corrompida posible, sin darse cuenta de su estado monstruoso, porque el trabajo había ido realizándose momento á momento y circunstancia por circunstancia.

Susana casó, sin entusiasmo y sin repug-



nancia, dos años antes de la guerra de 1870: matrimonio de familia. Moraines, senador desde los primeros tiempos del Imperio, pertenecía al mismo mundo que Bois-Dauffin. Pablo, auditor en el Consejo de Estado, perfecto bailarín y cumplido caballero, parecía hecho para ella, como ella para él. Dos años transcurrieron en una intimidad y en un vaivén de fiestas y placeres verdaderamente encantador y envidiable; pero el 4 de Septiembre llegó, y con este día el fin de aquella historia de hadas. Los grandes sueldos de ambas familias fueron suprimidos, aunque no cambiaron súbitamente las costumbres, pues Bois-Dauffin murió en 1873 convencido de la restauración de un régimen que había visto tan fuerte y tan popular, y el anciano senador, que bien pronto siguió á su amigo, participaba de las mismas esperanzas. En tanto, Pablo había dimitido, influido también en el propio sentido y con mayor fe aún en la causa, que es el rasgo característico del partido imperialista. Susana no tenía confianza sino en su real y positiva ruina, puesto que empezaban á comerse el capital. Por esta época precisamente, 1873, Federico Desforges se ocupaba de ella asiduamente. Pertenecía á la pléyada brillante de 1850, á cuyo frente figuró el profundo y seductor Morny; contaba apenas cin-

cuenta años y había sido objeto de crónicas galantes. Viudo sin hijos, casi ocioso, con una fortuna de más de cuatrocientas mil pesetas de renta y varias fincas importantes, pensó en organizarse unas relaciones, últimas en su vida, que por sus atractivos le hicieran agradable el «empleo de sus noches». Conocida la situación de la señora de Moraines, que llenaba sus aspiraciones, incluso ser el marido «razonable», y poco á poco, mediante regalos continuados, la colocación de Pablo, sus exigencias aceptables, su conversación y talento de la vida, la llevaron á donde quiso, de un modo tan natural, tan sencillo, que Susana, dejándose arrastrar á esta intimidad de todos los días, no creía en la culpabilidad de tales relaciones, cuya regularidad, unida á la simpatía que seguía inspirándole su marido, no sólo la tranquilizaba, sino que la hacía reputarse por muy superior á la mayor parte de sus amigas, que se dividían en múltiples y variadas intrigas. Sólo se reprochaba una cierta infidelidad que cometió dos años después de su compromiso con Desforges, robando á una de sus íntimas su amante, hombre muy á la moda, pero que por su aire vanidoso podía producirle escándalo, y hacía necesaria la ruptura. Juróse entonces permanecer fiel á la trinidad, entre la hidalguía de Pablo y el epi-



cureísmo del Barón. Y cumplió su promesa de tal modo, que el lugar en que su belleza la colocaba se conservó con todo el prestigio que era posible, dadas las cosas. Contaba Susana, sin embargo, con rivales bien acostumbradas á descifrar presupuestos, y comprendían y decían que el de la familia Moraines no bajaba de ochenta mil pesetas, y añadían que les conocieron casi arruinados. A estos chismes de vecindad salían al paso, gritando «calumnia» los amigos del Barón, los cándidos y los indiferentes que consideran el mejor medio de vivir en armonía con las gentes creer lo que dicen y tomarlas por lo que quieren pasar. Indudablemente el pensamiento de los mil servicios prestados por Desforges fué la base de aquella exclamación que lanzó: «excelente amigo». ¿Por qué entonces, mientras la doncella continuaba en su faena, desapareció tan por completo la fisonomía del Barón, para dar paso á otra nueva, joven, adornada con ideal barba y ojos de un azul obscuro, en que se leía el fuego de un alma virgen y entusiasta? La música celestial de las palabras «Renato Vincy» que se presentaban, ¿á qué tentación secreta respondía? ¿Por qué—se dijo—desechamos eso? La señora elegante, mundana, entregada por precio de los mil detalles de su rico tocado, ¿por qué se detenía en el poetas-

tro á quien sólo dos veces había visto? ¡Ah! es que Susana venía desde meses atrás aburriéndose soberanamente entre aquel «hermoso corazón», su marido, y Desforges. Se juzgaba «demasiado dichosa», necesitaba «una pena». Sí, deseaba amar y encontraba en Renato, tan poco parecido á los comparsas de su sociedad, lo que llaman «mi tipo» esas señoras ligeras que durante mucho tiempo van formándose una existencia que derriban en un instante cuando se sienten presa de emociones distintas. Instintivamente adoptó en la cena de la Condesa el sitio y las maneras que más pudieran acercarla al «imposible», y la impresión que desde aquel momento la dominaba, se aumentó con la vista del poeta. ¡Cuánto más pesada es realmente la carga de esta clase de mujeres del círculo elevado, á esa otra que agobia á las de la clase media! «El imposible» se discutía con sus inconvenientes; ya el Barón habría sospechado algo, ¡era tan listo! La homilía contra los escritores que le alegraba al oírlo, ahora la irritaba, impulsándola á moverse precisamente en el sentido opuesto al mantenido por el «excelente amigo.» Hasta tal punto su preocupación se hizo evidente mientras se vestía, y después de estarlo, que la doncella dijo al ayuda de cámara:



—Algo tiene la señora. ¿Se habrá enterado al fin el marido?

Así continuó en la comida, en el coche y en el teatro, hasta que la de Ethorel le indicó en las butacas de orquesta á Vincy, que las miraba.

—¿El poeta de la Condesa?—repuso Susana con indiferencia.

Recordó que durante la visita habló al joven de ir á la Opera, y le miró á su vez con los gemelos de plata cincelada, regalo del Barón. ¿Se habría éste apercebido de la observación de la de Ethorel? Pero no, tenía conversación muy seria con Crucé—hablaban de cocinar.—Renato separó los ojos tímidamente; Susana se preguntó: «¿Qué es lo que siento?»

Por primera vez en su vida, quizás, la música hizo vibrar en Susana una cuerda de emoción. Pasó la noche combatida por el placer que le causaba la presencia de Renato y el temor de que subiera á saludarla al palco. Pero Vincy, avergonzado de haber sido notado, ni volvió á fijar sus ojos en la bañera, ni esperó la salida de Susana. Cuando dejó caer su linda cabeza sobre la almohada de encaje, solicitada todavía por su capricho, lanzó estas palabras, final de la situación del día: «¡Dios quiera que no pregunte detalles de mi existencia á su amigo Larcher!»

## IX

## UNA CÓMICA DE BUENA FE

Por la mañana, antes de las nueve, entraba Pablo todos los días en el cuarto de su mujer. Ya ella había tomado su baño y se entretenía en varias menudencias, con un traje ligero y al viento sus rubios cabellos. Pablo tenía por el mejor instante el rato, unos tres cuartos de hora, que pasaba en el dormitorio perfumado y ventilado de Susana, tomando el té en una mesita portátil que se colocaba al lado de la ventana. A las diez debía estar en su oficina, de donde no volvía para el almuerzo, sino que se dirigía para restaurar sus fuerzas, á las doce ó doce y media, á uno de esos cafés elegantes, y de prisa pedía el plato á la moda, vino y el moka, gastando lo menos posible, para rivalizar con su mujer en punto á economía. Pero el té de la mañana le indemnizaba. Había ocasiones en que le decía:—«Sin estos momentos no sabría de tí muchos días.»—Él la servía, le preparaba la mantequilla, se preocupaba si la veía los ojos tristes y